

# Revista Electrónica de Psicología Política

LAS 'ASAMBLEAS BARRIALES' EN EL UMBRAL DE DICIEMBRE DE 2001: UNA MIRADA ANTROPOLÓGICA A PARTIR DE UN ESTUDIO DE CASO

Juan Pablo Rodríguez<sup>[1]</sup>

---

## Resumen:

Este trabajo forma parte de mi tesis de Licenciatura en Antropología Social (UBA). En él busco resaltar la significación de los acontecimientos de diciembre de 2001 a la luz de la irrupción de las llamadas 'asambleas barriales'. La noción de *Drama Social* de Víctor Turner es utilizada aquí para dar cuenta del proceso de transición que allí se inicia, privilegiando a la vez la dimensión cultural. Mediante conceptos tales como *communitas* y *liminalidad*, pongo de relieve el lazo fundante de las 'asambleas': al tiempo que encarnan una dramatización colectiva de igualación, son refractarias de las relaciones estructurales de nuestra sociedad. La relectura de este tema pretende correr el velo que frecuentemente se ha tendido sobre el universo de las 'asambleas'. Aún cuando han pasado poco más de tres años desde entonces y ellas sólo se visualizan en tanto zonas intersticiales, es innegable que dieron pasos duraderos en la resignificación de la vida local. En este sentido, los sucesivos esfuerzos del gobierno porteño a través de la implementación de una herramienta de participación -el Presupuesto Participativo- y de las llamadas ofertas culturales en los barrios -cursos, celebraciones locales, etc.- deben ser comprendidos dentro de ese contexto.

**Palabras clave:** asambleas barriales, drama social, communitas, liminalidad

## Abstract

This work is included in a graduate thesis on Social Anthropology. It focuses on the importance of December 2001 within emergence of 'neighborhood assemblies' ('asambleas barriales'). With a theoretical frame based on the *Social Drama* -Victor Turner- I address the transition process focusing on cultural dimension. By concepts of *communitas* and *liminality*, I explain the meaning of this cultural construction. This review pretends to remove simplifying assumption about 'assemblies'. Even when a lapse of three years have past since then and when they only comes as interstitial zones, is clear that they played an important role in the resignifying local perspective. In this

sense, the government effort in implementing new politics of participation and cultural access arise within this mentioned context.

**Key words:** neighborhood assemblies, social drama, *communitas*, liminality

### La Argentina en el umbral: la fase de crisis

Este trabajo está dedicado a reconocer las respuestas, que un segmento de la clase media porteña, empieza a elaborar tras lo que percibe como datos inconfundibles de la quiebra: el agotamiento real del vínculo entre representantes y representados, cristalizado en el “cacerolazo” y el “que se vayan todos”; y la fuerza social asombrosa que acompaña al mensaje. Reconstruidas a partir de las realizaciones de un grupo particular -la “asamblea popular Gastón Riva”- me interesa comprenderlas dentro de la fase de crisis del drama social. Por medio de conceptos tales como *liminalidad*, *communitas* y *antiestructura* dichas construcciones (la asamblea barrial es sólo una de ellas) dejan ver los rasgos de un momento de transición clave para la historia argentina<sup>[2]</sup>. A menos que pueda ser aislada velozmente, dice Turner, la quiebra se hace coextensiva con alguna hendidura dominante en el conjunto mayor de relaciones sociales que compone la sociedad (1974: 15). Ésta es, en nuestro caso, la de sociedad y clase política.

Lo que parece manifestarse con el cuestionamiento a la clase política, es la negación de esa distinción, si es que ésta significa el beneficio de una clase y su indiferencia por el conjunto. En ese sentido, lo que sigue es una apropiación de lo político en tanto no deja que se fije en alguna institución o cuerpo político externo a la sociedad. Esto no indica que se está frente a algo prerrevolucionario ni que se pone en duda la democracia como opción de gobierno frente a otras. Pero ciertamente, al revelar la quiebra -de manera dramática- las tensiones hasta entonces naturalizadas, “la crisis asume una postura amenazante en el foro mismo, como si desafiara a los representantes del orden a enfrentarse con ella” (Ibíd.). La *invención* de símbolos y prácticas rituales reproduce un razonamiento igualador (nosotros el ‘pueblo’, la ‘gente’) a la vez que despliega las fuerzas que se emancipan de las clasificaciones y hábitos anteriores. Quiero decir, el nuevo entronque de lo político con experiencias de la vida cotidiana, la incorporación de un lenguaje de proximidad social (el barrio, la participación etc) están marcando los límites de una representación

fundada en la separación entre poder político y sociedad. Y, a partir de los conceptos nombrados, humanizan el contenido de lo político.

Tomando dichas repuestas en conjunto (la superposición entre los nuevos momentos donde “se vive la política” y la esfera vasta de la vida social<sup>[3]</sup>, la discusión extendida en el interior de los grupos movilizados acerca del poder y su aspecto alienante, la estigmatización de las instituciones del Estado junto a la trama de hechos que se agregan a la vida barrial con la existencia de la “asamblea popular Gastón Riva”, la concreción de su proyecto a partir de un nuevo itinerario con otros grupos afines y clases sociales que incluye, tanto la exploración de formas de acción solidaria y sustento económico, como un intercambio amplio con el universo de la “cultura” -expresiones artísticas, charlas al aire libre, peñas y festivales barriales, etc-) me propongo establecer un nexo con el lazo político tal como lo describe Pierre Clastres (1978) para el caso de sociedades etnográficas. Según el autor de *La sociedad contra el Estado*, la política, en tanto hecho universal, no necesariamente es un instrumento de dominación en el sentido weberiano. Vale decir, hay sociedades en las que el poder (autoridad) no es una institución separada de la sociedad y justamente, porque allí no hay nada que encarne una forma de dominación, no puede haber la distinción dominantes-dominados, ni poseedores-desposeídos. La misma jefatura tribal está descalificada para ejercer cualquier poder, excepto en tiempo de guerra; el liderazgo implica prestigio en base a saberes y competencias, pero no autoridad<sup>[4]</sup>. La tribu, dice Clastres (op.cit.), vigila al jefe; éste no puede salirse del espacio preciso que ella le confiere. Es esta ausencia de una autoridad duradera la que conecta con la idea de ‘horizontalidad’ tal como aparece en mi descripción (en cierta forma, la historia breve de los encuentros ‘interbarriales’ de Parque Centenario dio cuenta de esa resistencia a cualquier forma de jerarquía, si bien la atomización de las asambleas respondió a la presencia desequilibrante de los partidos tradicionales de izquierda).

Aunque parangonar la descripción de lo que sucede en esta fase del drama con algunos aspectos del enfoque de Clastres (op. cit.) puede resultar demasiado arriesgado -él suyo mismo ya lo es-, sirve para poner en perspectiva uno de los problemas que aquí se implican. Me refiero a la discusión sobre la representación de la política como esfera diferenciada de la vida social. La imposibilidad que encuentra Clastres (op. cit.) de pensar lo político como dominio autónomo es cercana al razonamiento que ponen en juego las ‘asambleas’. En el caso de la sociedad etnográfica, “ella ejerce un poder absoluto y completo sobre todo lo que la compone, prohíbe la autonomía de cualquiera de los subconjuntos que la constituyen, mantiene todos los

movimientos que alimentan la vida social en los límites y en la dirección querida por la sociedad” (Clastres 1978: 185); en el de ellas, su proyecto reivindica la política no como una sucesión espaciada de momentos donde se “elige” a quien delegar el poder de la decisión, sino como una red compleja de decisiones que tienen lugar en la vida cotidiana (hábitos de consumo, prácticas solidarias, etc).

### **La *communitas* como estado social, la ‘asamblea barrial’ como fruto**

- *[La cultura no explica, sino que describe en su forma concreta particular, la actuación de los hombres, determinada esta por un lado institucionalmente, por el aparato hegemónico de la formación social, y, por otra parte, por la pertenencia de clase y la coyuntura histórica de la lucha social] Elsie Rockwell, 1980.*

“Fue una época muy rara; no nos daba el cuerpo para tantas cosas: acá se hizo un curso de huerta, se consiguió que una persona de Pro-Huerta viniera a difundir todo el tema de la huerta. Se hizo un curso de cuatro meses, había videos y charlas, (...) vos venías un miércoles y tenías ese salón lleno de gente...¡que venía a un curso de huertas! Imaginate, son cosas impensables, impensables antes e impensables ahora. Era surrealista, ver un malón de gente saliendo a la calle. Eran un montón de sueños que salieron todos juntos de repente”. Martín recompone desde la distancia del tiempo transcurrido el paisaje de entonces. La conversación ocurre durante la siesta, horas antes de sus clases de guitarra. Repasamos algunos momentos inaugurales de 2002, la incipiente ‘asamblea’, formada primero por el círculo de la Biblioteca y el Centro Cultural y más tarde con las nuevas caras del barrio, los primeros tanteos y acercamientos, etc, y Martín no esconde el tono mesurado para hablar de eso. Está parado desde el presente, desde un tiempo de reposo entre lo que quedó atrás y lo que permanece, entre los límites inexorables y las potencialidades desplegadas. “Fue un tiempo feliz, pero también caótico”, me dice.

- Se pueden tener muchas miradas sobre los días de diciembre de 2001. Más escépticas o más exaltadas, negantes o sutiles, ninguna puede dejar de lado la excepcionalidad. Las escenas son desbordantes: una treintena de muertos tras la represión, dos presidentes expulsados en pocos días, el decreto presidencial de la quiebra económica, cronogramas de marchas y ‘escraches’, el bullicio desafiante en las plazas y esquinas, otro decreto de un tercer presidente poniéndole fin a la convertibilidad, ‘ahorristas’ y ‘piqueteros’ en la misma vereda de la protesta, etc. Las páginas de los diarios, las

noticias y los artículos de opinión son datos suficientes para abarcar los rasgos de la crisis. De un lado, escondida de la esfera pública pero activa en la defensa concertada, la clase dirigente y sus voceros tratan de contrarrestar la fragilidad institucional que ella engendró; del otro, una celebración compartida entre intelectuales, artistas, periodistas y gente de todas las pertenencias sobre el protagonismo continuado de la sociedad [entre medio de las respuestas populares se vislumbra el terreno de las continuidades: las ‘asambleas’ puestas a funcionar en la calle en tanto herramientas tomadas de otros contextos también políticos de la vida cotidiana (las reuniones de propietarios en los consorcios, las votaciones y debates en las universidades y, algo más alejadas de las prácticas políticas de la clase media, las ‘asambleas’ en los gremios y cooperativas); el flujo de la vida barrial en el cual toman parte una red significativa de experiencias preconcebidas (tal es el caso de la ‘asamblea’ Gastón Riva donde confluyen trayectorias de la propia Biblioteca y de la agrupación barrial Vecinos Memoriosos; en otras ‘asambleas’ aparecían integrantes de viejas sociedades de fomento y bibliotecas populares, ex militantes políticos devenidos ‘asambleístas’) etc].

Me propongo tratar la fase de crisis en términos de una *situación abierta*<sup>[5]</sup>, esto es, a partir de sus características liminales en las cuales emerge la *communitas*. Siguiendo la lógica de los ritos de paso, cada crisis viene a componer ese estado ambiguo entre la fase de separación de el/la joven –la quiebra, y la de integración a una nueva categoría –la reparación. Pero en lugar de sacralizar ese pasaje en nombre de creencias y tabúes la crisis, dice Turner, asume una postura desafiante del propio orden público o político. El autor define al contexto liminal como: “potencialmente y en principio una región libre y experimental de la cultura, una región en la que no sólo se pueden introducir nuevos elementos, sino también nuevas reglas combinatorias” (Turner 1982:28); “en la liminalidad, se prueban nuevos modos de actuar, nuevas combinaciones de símbolos, para aceptarlos o rechazarlos” (1977:40). Se entiende que la separación referida se traduce en el descontento social y la ruptura pública de la legitimidad.

La movilización social aglutinada tras el “que se vayan todos”, las expresiones concretas del vínculo solidario entre ‘caceroleros’ y ‘piqueteros’<sup>[6]</sup>, la ‘asamblea’ como espacio donde se funda el lazo político -la horizontalidad, la pluralidad, la indiferenciación de las lealtades políticas previas, etc- ponen de relieve en planos diferentes la crítica a la estructura (social, económica e institucional). Vale decir, son repuestas cuyos contenidos anti-estructurales e igualadores (universalizantes) se oponen a los conflictivos rasgos de una estructura discriminante en lo económico y social y favorecedora

de la clase política. Puesto que se trata de “lazos que unen a la gente por encima y más allá de cualquier lazo social formal” representan una puesta en escena de la *communitas* (Turner 1974 : 46).

Por último, hay que referirse a la ‘asamblea’ en tanto que permite el intercambio, la reflexión y la realización colectiva como una *producción ritual*. Sigo aquí la línea conceptual del NuAP acerca de los rituales como eventos de la política<sup>171</sup>. Se han de poner de relieve los símbolos y sus organizaciones en el interior de esa producción, las referencias sociales que ellos encarnan y alguno de sus atributos (Ej. multivocidad y condensación) tomando como fuente la serie de publicaciones de la ‘asamblea’ Gastón Riva. En ellas se puede indagar el punto de vista nativo a partir del juego entre dos producciones: por un lado, las prácticas que resultan de *decisiones* - las intervenciones en el barrio y la vida diaria-; por el otro, las prácticas de balance activo de los efectos de dichas decisiones (Gallego 2003: 40).

### **“Política con nuestras manos”. Las luchas en el espacio barrial - enero 2002 / mayo 2003**

a) *Las ‘tomas’*: la ocupación de casas y edificios deshabitados, destinada al uso comunitario, fue una de las intervenciones significativas de las ‘asambleas’ en los barrios. La antesala son las ‘reuniones interzonales’ -complementarias de las ‘interbarriales’<sup>181</sup>- donde las ‘asambleas’ nucleadas geográficamente encuentran objetivos para la acción común. En junio de 2002, la ‘asamblea’ Gastón Riva -de Primera Junta y la de Parque Rivadavia logran contar con un galpón imponente que había pertenecido a la empresa de ferrocarril y hasta entonces abandonado. La breve negociación con el Centro de Gestión y Participación puso de relieve la cambiante correlación de fuerzas en aquél período. Ese antiguo almacén había sido durante años objeto de disputas y proyectos para posibles usos. Durante meses se convocó a asociaciones locales, vecinos y “entendidos en el tema” para “decidir” qué hacer con él. Pues bien, cuando ambas ‘asambleas’ se acercaron al director del CGP para formularle la intención, éste les entregó sin más las llaves. Sin embargo, la suerte de la conquista fue también corta producto de los desacuerdos (puntualmente entre la Gastón Riva y la posición más comprometida con la línea partidaria de un grupo de jóvenes militantes que integraban la ‘asamblea’ de Parque Rivadavia). Mientras convivieron, proyectaron un ciclo de cine y diversas charlas.

b) *La huerta comunitaria*: A principios de marzo, las asambleas nombradas y la de Cid Campeador decidieron reutilizar una modesta

superficie de tierra ubicada al costado de las vías del tren. Consiguieron semillas, se asesoraron y finalmente cultivaron el rectángulo con hortalizas. Más tarde construyeron un horno de barro. Con algunos buenos rendimientos la huerta alimentó no sólo las expectativas de sus sostenedores.

*c) La contestación explícita a la política del gobierno local:* Un capítulo aparte merece la tensa relación entre las 'asambleas barriales' y el Gobierno de la Ciudad; no en el plano de las meras opiniones sino al nivel de las relaciones cotidianas con lo que, directa e indirectamente, compone su 'aparato político'. El caso paradigmático es el Plan de Presupuesto Participativo (PP) que puso en marcha el gobierno durante 2002 y que mostró al poco andar la opacidad de sus mecanismos "participativos". En el mes de septiembre, el Diario Clarín incorpora un suplemento dedicado a las noticias barriales. En el primer número celebra la nueva herramienta ciudadana, el control vecinal de una parte del presupuesto total de la ciudad. Sin embargo, apunta la publicación de la 'asamblea', nada dice sobre el "intercambio de favores" que se pone en práctica en cada elección de delegado barrial<sup>[9]</sup>, cuando no advertir que sólo se trata de controlar ya que la elaboración misma corre por otra vía. "La participación no es sólo controlar; el barrio no es sólo la vereda o el semáforo. La participación es decidir y ejecutar; el barrio es la salud, la vivienda, el trabajo y su lucha cotidiana". Otro punto de confrontación fue el referido al enrejamiento de plazas, monumentos y parques. Así ocurrió con Parque Rivadavia. En un comienzo el gobierno, comprometido con su remodelación, no tenía una respuesta a la situación de mucha gente que concurría allí los fines de semana para vender toda clase de enseres. En el peor momento de la crisis el Parque, al igual que otros, era testigo de esa realidad albergando una gran tienda de "segunda mano". Amparado en algunos reclamos vecinales, el gobierno tanteaba la posibilidad de enjear el Parque y reglamentar su uso. De esa manera justificaría la "reubicación" de esa gente empobrecida y devenida feriante. El suplemento barrial avanzó en el tema con una encuesta acerca de cómo "ordenar" los puestos de venta. La 'asamblea' respondió a la "noticia": el vecino que pretende Clarín, se decía, no es el mismo que necesita vender sus pertenencias para poder subsistir. Pero, ¿a qué viene esa repentina preocupación por los temas del barrio?, se preguntan en la 'Gastón Riva'<sup>[10]</sup>: "si los CGP e Ibarra cuentan con un nuevo órgano de difusión que esconde con armonizadoras notas barriales la opresión y el cinismo de sus medidas de gobierno, no es tanto a raíz de una estrategia comercial como la falta de popularidad en estos barrios donde se multiplican las asambleas barriales".

d) *Los Festivales Barriales*: Se puede decir que los festivales en la plaza son una extensión ritual de la 'asamblea' en tanto espacios de encuentro y comunicación. Pensados como eventos de recreación, no están por ello menos relacionados con el transcurso de la vida política. Por un lado, la propia puesta en escena desnuda el campo de fuerzas que se teje alrededor de los usos de la plaza entre distintos actores locales (más abajo lo mostramos). Por el otro, y más importante, son acciones que construyen el punto de vista del grupo y su realidad. Practicando otros lenguajes como el juego, el teatro o la música, se compone una crítica dramatizada de la vida diaria, los 'valores' e 'ideales' de la sociedad actual, la legitimidad del gobierno, etc<sup>[11]</sup>. Mediante esta reubicación de 'lo cultural' en la esfera cotidiana se expresa también un modo de vida por cuanto se estimulan relaciones primarias y se anulan roles estructurales (Cohen 1993)<sup>[12]</sup>. No hace falta decir que tales eventos activan redes de intercambio entre grupos y categorías afines (asambleas y organizaciones sociales, artistas y estudiantes, etc). A fines de octubre la 'asamblea' realizó el segundo festival -el primero había sido en abril. Una pintada que decía "Nuestra Plaza" llamaba por entonces a los vecinos. La publicación posterior evocó el sentido de aquella frase: "Nuestra, de mí, de vos, de todos. Nuestra plaza a fuerza de voluntad, trabajo en equipo y respeto, fuerza tan distinta a la de ellos, esa fuerza de palos, gases y balas represoras<sup>[13]</sup>... Se escucharon bandas amigas, hubo títeres y teatro. En nuestra plaza se hizo memoria, se hizo historia. En ella nos juntamos, trabajamos y aprendemos. La plaza, es mucho más grande que un pedazo de pasto descuidado".

e) *El empleo autogestionado*: Las primeras decisiones que tenían que ver con el terreno de la economía fueron las compras comunitarias. Más tarde, se pasó de buscar buenos precios a buscar productos elaborados por pequeños productores, cooperativas y fábricas recuperadas. Al poco tiempo, las 'asambleas' se sumaron a la red de "economía social". En muchos casos la cadena tiene todos sus eslabones en los barrios de la Capital Federal. Para el primer festival se convocó a grupos (autodenominados "colectivos") que venían intentando formas de autoempleo y se promovieron charlas sobre estos temas. El contacto con estas experiencias alentó a la 'Gastón Riva' a explorar dichas formas de "autogestión". En parte como desafío y en parte por la necesidad de varios de sus integrantes, nació la cooperativa de trabajo 'Burbuja Latina' que produce y vende artículos de limpieza. Con una pequeña suma inicial de dinero consiguieron los insumos y, tras aprender el proceso de elaboración, se largaron a buscar clientes en el barrio. Al poco andar se convirtieron en proveedores de escuelas, geriátricos, edificios y clubes. El método de funcionamiento es sencillo: se reparten las

tareas y los beneficios, se conciertan los horarios de trabajo y van alternando las funciones. Se recrea la esencia social del trabajo y la economía, arrancándola del costado alienante que le imprime la lógica explotadora del capitalismo. Pero además, se dice, la lógica de la “economía social” aspira a reintegrarle al individuo toda su capacidad de decisión. Esto es, que pueda actuar no en base a los criterios que ‘ofrece’ el mercado, sino a partir de aquellas formas que aseguran “la libertad, la dignidad, la resistencia a explotar y a ser explotado por nuestros iguales”. Esa búsqueda empieza por repensar los propios hábitos y valoraciones sobre las cosas. “La economía social -se señala en otra publicación- no es una economía de subsistencia que se limite meramente a calmar las necesidades; no es una economía marginal, para pobres, no es una ‘salida a la crisis’. Más bien es una entrada a la comprensión del conflicto, discute esta pobreza a la vez que pone en cuestión esta riqueza [...] Esto implica tener actitud política: interesa lo producido y al mismo tiempo el que lo produce, lo consumido y el consumidor”. La red no apunta a satisfacer sólo las llamadas necesidades básicas. “Las producciones artísticas y periodísticas deben también circular en función de nuestros deseos humanos”.

f) *El acercamiento con ‘cartoneros’*: Las cronologías sobre el ‘movimiento asambleario’ (Grimberg 2002; Svampa 2002) señalan el giro hacia las actividades barriales por un lado y la vinculación más estrecha con cartoneros y desocupados por el otro. Ésta última puso en juego relaciones y actitudes diferentes en cada caso. En principio, el movimiento ‘piquetero’ aparecía frente a la declinación de la participación en las asambleas como el actor político fuerte de la lucha social. En ese sentido, la identificación era antes que nada política. Desde otro lugar, aparecían los ‘cartoneros’ quienes representaban el sector más vulnerable. En diciembre, la ‘Gastón Riva’ junto a otras ‘asambleas’ instalaron un puesto de vacunación destinado a cartoneros –en sintonía con el gobierno de la ciudad. La utilización del espacio barrial parece aquí también despertar voces contrarias. Como pasó en el festival, la ‘asamblea’ sale a cruzar las formas de “hacer política” de sus vecinos y adversarios: “desgraciadamente tenemos vecinos en nuestro barrio -muchos punteros radicales- que se creen dueños de las plazas públicas, que intentaron sacarnos de estos espacios llamando a la policía. Las y los que se apropiaron y enrejaron las plazas públicas de Rojas y Bacacay, y de Rojas y Yermal, creen que si no vemos la pobreza, entonces no la hay”<sup>[14]</sup>.

g) *La olla popular*. A comienzos de 2003 se puso en marcha la olla popular junto a cartoneros y personas desocupadas, caras habituales del barrio. Los alimentos provenían de donaciones y aportes

individuales. La experiencia no era mera “asistencia” pues se proponía involucrar a todos por igual. “La idea no es ‘dar de comer’ -se decía- sino por el contrario buscar una forma distinta de relacionarlos entre vecinos, cartoneros, desocupados y sin vivienda, todos habitantes pasajeros o transitorios de un barrio, de una ciudad que se transformaba a partir de diciembre de 2001”.

### **Conclusión:**

Las ‘asambleas’ aparecen en el verano de 2002 en medio de una crisis terminal. El pobre papel de la Alianza a la hora de emparejar los tantos, luego de una década feroz en términos de exclusión, corrupción y fragmentación de las solidaridades, transgredió las fronteras de ese estado de frustración colectiva que la clase media expresaba de manera pasiva. Cuando a la expropiación inicial de las expectativas, le siguió la expropiación económica, la clase media ya estaba en guardia. De la Rúa apostó una vez más a la conformidad y entonces terminó expulsado. Lo que siguió fue sin duda un momento de excitación social. A la ruptura le sigue el suspenso de no saber bien hacia dónde se va. Pero a la vez, esa incertidumbre, induce a explorar formas, ensayar respuestas, etc que son de alguna manera vividas colectivamente. En un comienzo, la movilización fue masiva aglutinando incluso clases sociales; las ‘asambleas’ conformaron por su cuenta espacios importantes de participación. El sentido universal de la protesta y la “frescura” de esos encuentros barriales fueron acompañados en gran parte de la sociedad.

Sin embargo, transcurrido algo de tiempo se entró en una fase de declive. El gobierno de Duhalde montó una inmensa ingeniería asistencial como estrategia para descomprimir el conflicto a flor de piel con el tercio indigente del país -antes que un intento de inclusión. Los medios de comunicación tuvieron un rol importante al momento de desalentar la protesta, amplificando el discurso sobre la “violencia de los piqueteros” y el reclamo -no universal- de “inseguridad”. Las ‘asambleas’ sufrieron una importante reducción en el número de vecinos; a fines de 2002 los diarios las ignoraban casi completamente. Había razones para explicar ese retroceso: o las arrastraron los partidos de izquierda o se refugiaron dogmáticamente en el rechazo a articulación entre ellas y la mediación con el Estado. Tal vez, al poner el rótulo de fracaso, se repetía el mismo error del principio cuando, a la inversa, se les adjudicaron cualidades trascendentales.

Lo cierto es que algo más queda de todo esto, las ‘asambleas’ *siguen ahí*. Asociadas desde su origen al contexto de la

creación, al momento liminal del proceso social, son, a su manera, un actor importante dentro del drama social. No tanto por su existencia en términos de 'poder' político como por la ubicación que tienen dentro de lo social. Siguiendo a Turner, pienso en las potencialidades que se ponen en juego cuando se actúa desde el campo de la antiestructura, esto es, la posibilidad de dibujar otros recorridos entre la cultura y la política, lo económico y lo social, lo individual y lo colectivo. Al mismo tiempo, es ésa idea de conectar la totalidad de las prácticas y habilidades en un sistema de sentido que privilegia las relaciones sociales sin estructurar o débilmente estructurada (Turner 1974: 145) la que me conduce a la lectura de Clastres sobre la "esencia" de lo político en sus sociedades etnográficas. Es la política entendida como "interrupción", según la reinterpretación de García Canclini, a saber, "la acción de interrumpir el relato unificado (de la globalización, de la racionalidad económica) y escoger otra lógica, es sostener la tensión inestable entre lo social y los modos de re-imaginarlo, entre lo que existe y cómo podemos criticarlo" (García Canclini 1999: 200).

Me remito por último al punto de vista nativo para hablar de esta idea de encuentro entre la política y la esfera amplia de la vida social. Poca me cuenta la anécdota de Leo, uno de sus alumnos: "¿Leo?, no sabes lo que era antes: un pibe que no decía una palabra; estaba re complicado, no podía expresarse de ninguna manera. Igual venía, yo no me paro frente a la clase y digo: 'la forma es esta' y punto, no, dejo que ellos hagan. Ahora lo ves y es otra cosa, se manda, saca la guitarra y se pone a cantar (doy fe de ello). Eso tiene que ver con una definición de lo político: darle la voz a todo el mundo, hacer circular la palabra en lugar de tenerla uno solo. Así vivimos. Los chicos saben que pueden venir a pasarla bien, se dan cuenta, cuanto más chicos son, más rápido se dan cuenta. Leo empezó el taller de guitarra y estaba trabado, se enganchó en el de percusión y de a poco se fue soltando. Ahora anda bárbaro en los dos talleres. Hasta el padre empezó a venir y se da una relación increíble entre ellos. Y, obviamente, yo los trato como a iguales".

---

#### **Bibliografía:**

- Clastres, P. 1978. *La sociedad contra el Estado*. Caracas: Monte Ávila Ed.
- Gallego, Julián. 2003. *La democracia en tiempos de tragedia. Asamblea ateniense y subjetividad política*. Buenos Aires. Miño y Dávila.

García Canclini, Néstor. 1999. *La Globalización Imaginada*. Madrid. Piados.

Rockwell, Elsie. 1980. *Antropología y Participación. Problemas del concepto de cultura*. México, DIE, (mimeo).

Turner, Víctor. 1974. *Dramas, Fields, and Metaphors: Symbolic Action in Human Society*.

Ithaca: Cornell University Press.

----- 1980. *La selva de los símbolos*. Madrid. Siglo XXI.

----- 1977. *Variations on a Theme of Liminality*. Moore & Myerhoff (eds).

----- 1982. *From Ritual to Theatre. The Human Seriousness of Play*. New

York: Performings Arts Journ

---

<sup>[1]</sup> Egresado de Antropología de la Universidad de Buenos Aires (2003). E-mail: Juanp89@hotmail.com

<sup>[2]</sup> Aunque la devaluación económica es posterior en los hechos, el fin de la convertibilidad es el dato relevante del contexto y se anuncia con claridad en la fase anterior.

<sup>[3]</sup> Un claro ejemplo es la resignificación de una experiencia extendida en muchos ámbitos sociales: la asamblea como modo de resolución de conflictos y toma de decisiones que regularmente llevan a cabo los consorcios de propietarios, las facultades, los círculos de profesionales, los sindicatos aunque sin duda ligadas en el imaginario al importante rol que le tocó al movimiento cooperativo en el pasado.

<sup>[4]</sup> Dice Clastres, "todo pasa en efecto como si esas sociedades constituyeran su esfera política en función de una institución que tuviera una regla: saber que el poder es en esencia coerción... ellas han, sobretudo, sentido que la trascendencia del poder implica un riesgo mortal" (1974: 40) En Abéles Marc (1990) *Antropología del Estado*. Armand Colin, París.

<sup>[5]</sup> Me baso en parte en el sentido que le da Julián Gallego en su libro "La democracia en tiempos de tragedia. Asamblea ateniense y subjetividad política" Buenos Aires 2003 Miño y Dávila Págs 43-47.

<sup>[6]</sup> Las señales de este acercamiento son el recibimiento masivo de los habitantes de Capital Federal a fines de enero y principios de febrero a las movilizaciones de desocupados que confluían en Plaza de Mayo.

<sup>[7]</sup> Pensados por el modelo citado como "eventos de la política", en ellos se examinan sus dimensiones de secuencias canonizadas cuyos contenidos y significados son caracterizados en varios grados de formalidad (convencionalidad), estereotipia (rigidez), condensación (fusión) y redundancia (repetición). La eficacia de la acción ritual es entendida como preformativa en tres sentidos: en el que decir es hacer, en el sentido de una performance que usa canales de comunicación por medio de los cuales los participantes experimentan el evento y, finalmente, en el sentido de remitir a valores que son vinculados o inferidos por los actores durante el evento. NuAP 1998: *Uma antropología da política: rituais, representacoes e violencia. Projeto de pesquisa*. Cuaderno NuAP, 1.

<sup>[8]</sup> La llamada Interbarrial representó el intento de articular el compromiso y la participación de las numerosas 'asambleas barriales'. Aquella serie de multitudinarios encuentros dominicales en Parque Centenario tiene lugar en el momento álgido de la movilización en los meses de enero y febrero. La corta vida de la Interbarrial se explica en parte por la presencia asfixiante de las agrupaciones tradicionales de izquierda que se apoderaban del uso de la palabra y en parte por la seria dificultad para consensuar un programa dada la gran heterogeneidad social y

el rechazo a la delegación o aceptación de funciones y responsabilidades. Poca refiere así aquel momento: “Los partidos políticos hablaban de la ‘evolución del capitalismo’ y no sabías a quien tenías al lado. Era otra vez ir a levantar mano, funcionaba como un comité central donde se decidían los lineamientos de las ‘asambleas’”.

<sup>[9]</sup>La elección de prioridades presupuestarias y delegados barriales -encargados de seguir el cumplimiento de las prioridades asignadas a su barrio- ha sido desde el primer momento un terreno disputado entre vecinos con distintas llegadas al universo de la política local. En el barrio de Caballito, por ejemplo, las relaciones fluidas entre “representantes barriales” y funcionarios locales delimitan en buena medida el terreno de la “participación”.

<sup>[10]</sup>En realidad, la denuncia de las ‘asambleas’ frente al manejo de la “opinión pública” de parte de los medios, en su mayoría comprometidos con el arco político para descomprimir el descontento social, no sólo se corresponde con una mirada compartida por otros actores sino que bien podría ser un tema de estudio.

<sup>[11]</sup>En un festival, una obra de títeres narraba la triste historia de un campesino a quien el diablo a través de engaños lo había despojado de sus tierras. El pobre hombre había hipotecado sus parcelas para obtener a cambio las semillas mágicas que aquel seductoramente le ofrecía. El texto se conectaba con la vida en la ‘huerta comunitaria’: el campesino representaba el valor de la “autosuficiencia” amenazado, las semillas los cultivos transgénicos, etc.

<sup>[12]</sup>En ese sentido, se podría pensar al festival barrial como un evento de legitimación.

<sup>[13]</sup>El 26 de junio de 2002, Maximiliano Kostecki y Darío Santillán, dos jóvenes pertenecientes al Movimiento de Trabajadores Desocupados, fueron asesinados por la policía mientras obedecían la orden de reprimir el corte del puente Pueyrredón. Aquél hecho simbolizó a su manera la “semana trágica” del gobierno de Duhalde en tanto ocurre en un contexto de máxima tensión entre éste, las fuerzas policiales y los desocupados, donde la persecución a militantes “piqueteros” se tradujo en miles de procesamientos penales. Duhalde no pudo despegarse del hecho y terminó adelantando las elecciones y salida del poder.

<sup>[14]</sup>Los vecinos referidos son justamente presidentes de asociaciones barriales.